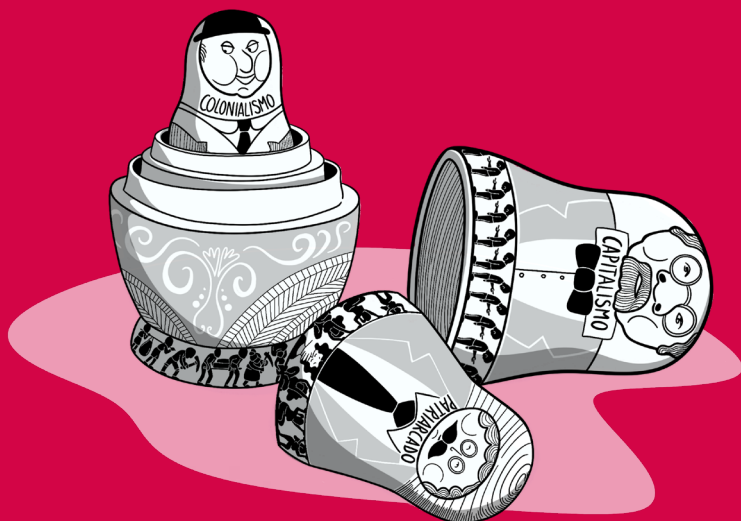


Contra la necronomía

Necesidad y posibilidades
de una economía al servicio
de la vida

Imanol Zubero



ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE.

Colabora con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291

www.cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 7637-2024
ISBN: 978-84-9730-552-5, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Marta Romay. Edición: Santi Torres
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Mayo del 2024

CONTRA LA NECRONOMÍA
NECESIDAD Y POSIBILIDADES DE UNA ECONOMÍA
AL SERVICIO DE LA VIDA

Imanol Zubero

La vida no vale nada..., salvo que le pongamos precio	5
Pensemos un momento en todo esto...	5
El capitalismo, un sistema social	6
La lógica (in)moral del mercado	7
Pagar más a quien menos valor social genera	8
De la escalera a la pirámide (de sacrificio)	9
Esta economía mata	11
Muerte y sufrimiento	11
Acumulación y cosificación	12
¿Podemos imaginar la interrupción (conversión)?	14
Alternativas a una economía que mata	15
Revisar nuestros privilegios, cuestionar nuestra buena suerte bruta	16
Enseñar al deseo a desear	18
Revisar nuestros modos de vida	18
Introducir cambios en nuestro modo de vida	19
Actuar colectivamente	19
Optar por los bienes públicos frente a los bienes privados	20
Influir colectivamente con perspectiva de cambio estructural	20
Ser abiertamente anticapitalistas (y anticolonialistas y antipatriarcales)	21
Y no morir de tristeza en el intento	21
Anexo: Tres reacciones a la conferencia de Imanol	23
Una economía que realmente mata	23
Expansión del capital en el Capitalismo	24
Contrapunto económico desde la Doctrina Social de la Iglesia	26
Notas	29
Preguntas para la reflexión	32

Imanol Zubero. Doctor en Sociología y diplomado en Teología por la Universidad de Deusto. Es profesor titular en la Universidad del País Vasco. Especializado en Sociología del Trabajo. Ha participado y animado diversas iniciativas y organizaciones sociales, en el ámbito del antimilitarismo, la paz y los movimientos ciudadanos

El texto de este cuaderno se corresponde en buena parte con la conferencia que Imanol Zubero pronunció durante la inauguración del curso 2023-2024. Pueden visualizar el acto en nuestro canal de YouTube. La conferencia fue seguida por tres ecos o reacciones a cargo de personas del equipo de Cristianisme i Justícia: Miriam Feu, David Murillo e Inma Naranjo, que también incluimos en un Anexo. Queremos agradecerles a los cuatro su disponibilidad y sus inspiradoras intervenciones, que esperamos lo sean también para los lectores y lectoras de este cuaderno.

LA VIDA NO VALE NADA..., SALVO QUE LE PONGAMOS PRECIO

Os propongo, al inicio de nuestra reflexión, pensar en aquellas actividades cotidianas que más pegadas están a la vida: las que exigen tocar los cuerpos, sostenerlos, alimentarlos, limpiarlos, cuidarlos; las que exigen cercanía y tiempo, dedicación, escucha, apoyo emocional; actividades que se repiten una y otra vez, en cualquier momento del día; actividades sin las cuales nuestra vida sería infeliz, insoportable o directamente imposible.

Ahora reflexionemos sobre el peso que estas actividades tienen en nuestro sistema económico, sobre el valor que este sistema les adjudica. Confirmaremos que la inmensa mayoría de estas actividades esenciales para la vida quedan fuera del espacio de la economía. Descubriremos que, en el caso de que algunas de ellas sean definidas como actividades económicas, quedan orilladas en la periferia del sistema económico, además de recibir la peor valoración por parte de la lógica económica dominante en términos de condiciones laborales y salariales. Pongamos rostro a quienes las realizan

más habitualmente; comprobaremos que quienes las desempeñan son, de manera muy generalizada, un tipo muy específico de personas: mujeres, sobre todo, que además muchas veces son pobres y, cada vez más, racializadas.

Pensemos un momento en todo esto...

Hagamos ahora el ejercicio inverso, el de pensar en las actividades económicamente mejor valoradas: las que reciben los mayores salarios, las que cuentan con las mejores condicio-

nes laborales, las que obtienen mayor reconocimiento, mayor visibilidad. ¿Cuáles son? En su mayoría se trata de actividades que están mucho más cerca del dinero que de la gente. Pensemos en quiénes las encarnan, en sus características sociales y personales: visualizaremos mayoritariamente a varones blancos, adultos, con educación superior y de clase media-alta. Volvamos de nuevo a pensar en las actividades que desarrollan y por las que reciben ese reconocimiento y esos salarios, y preguntémonos lo siguiente: ¿podríamos vivir sin ellas? Iniciemos un juego de imaginación y vayamos haciéndolas desaparecer una a una...

En su libro *Utopía para realistas*, Rutger Bregman presenta un interesante y provocador apartado titulado «Cuando los banqueros fueron a la huelga», en el que recuerda la huelga de empleadas y empleados de banca –por tanto, no de los banqueros– que durante seis meses paralizó la actividad de estas entidades en Irlanda, en 1970.¹ Como consecuencia de esta huelga, el 85 % de las reservas del país quedaron bloqueadas y las grandes empresas se encontraron con dificultades para acceder al crédito. Sin embargo, frente a las alarmas que advertían de que, sin actividad bancaria, la vida en Irlanda se paralizaría y el comercio se hundiría, la vida cotidiana de la gente corriente continuó prácticamente como si nada. ¿Cómo fue posible? Fue posible porque la gente, que seguía necesitando dinero para vivir, emitió su propio efectivo, su propia moneda, que intercambiaba por servicios y productos, recurriendo como entidades fiduciarias no a los bancos, sino... ¡a los *pubs*! Bregman lo cuenta así:

En un abrir y cerrar de ojos, la gente forjó un sistema monetario radicalmente descentralizado con los 11.000 pubs del país como nodos clave y la confianza como mecanismo subyacente. Cuando en noviembre reabrieron los bancos, los irlandeses habían imprimido la increíble cifra de 5.000 millones de libras en billetes caseros. Algunos cheques habían sido extendidos por empresas, otros estaban garabateados en cajas de puros o incluso en papel higiénico. Según los historiadores, la razón de que los irlandeses pudieran manejarse tan bien sin bancos se debió a la cohesión social.

Esta historia contrasta con otra que también recoge Bregman en su libro: la huelga de recogida de basuras que en 1968 bloqueó totalmente la vida de la ciudad de Nueva York, a pesar de su corta duración: tan solo diez días.

Volvamos ahora a las preguntas con las que iniciábamos esta conversación y aterricémoslas a partir de estos dos casos. Seis meses sin bancos frente a diez días sin recogida de basura...

El capitalismo, un sistema social

El capitalismo no es solo una economía, es un sistema social. Un sistema social que transformó nuestra forma de producir, pero, sobre todo, transformó nuestra forma de ser. El *Homo economicus*, la mujer y el hombre formateados por el capitalismo, no son solo personas que producen y consumen de otra manera, a la manera del mercado, son mujeres y hombres que sienten y desean a la manera del mercado; no solo *hacen* según la lógica del capita-

lismo, *son* según la lógica del capitalismo. ¿Y cuál es esta lógica? La lógica del interés económico. Lo formuló Adam Smith en uno de los textos más influyentes —lamentablemente— del pensamiento moderno:

El hombre [a diferencia de todas las demás especies animales] está casi permanentemente necesitado de la ayuda de sus semejantes, y le resultará inútil esperarla exclusivamente de su benevolencia. Es más probable que la consiga si puede dirigir en su favor el propio interés de los demás, y mostrarles que el actuar según él demanda redundará en beneficio de ellos. Esto es lo que busca cualquiera que propone a otro un trato. Todo trato es: dame esto que deseo y obtendrás esto que desees tú; y de esta manera conseguimos mutuamente la mayor parte de los bienes que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas. Sólo un mendigo escoge depender básicamente de la benevolencia de sus conciudadanos.²

Es terrible que sigamos aplaudiendo estas ideas, esta visión de las personas y de las relaciones sociales.

Katrine Marçal ha desmontado magistralmente la mirada adamsmithiana en su libro *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?* Resulta que Smith pasó toda su vida cuidado por su madre viuda, Margaret Douglas, y su prima soltera, Janet Douglas; dos mujeres dedicadas devotamente a Smith, para

que este pudiera dedicarse en cuerpo y alma a desarrollar su muy influyente obra. Es a partir de este hecho, conocido y citado en todas las biografías de Smith, pero reducido a anécdota sin mayor trascendencia, que Katrine Marçal enfoca su trabajo y logra su mayor acierto. «Cuando Adam Smith se sentaba a cenar —escribe Marçal—, pensaba que si tenía la comida en la mesa no era porque les cayera bien al carnicero y al panadero, sino porque estos perseguían sus propios intereses por medio del comercio. Era, por tanto, el interés propio el que le servía la cena. Sin embargo, ¿era así realmente? ¿Quién le preparaba, a la hora de la verdad, ese filete a Adam Smith?». La mirada a la que nos invita Marçal actúa como marco que desnaturaliza el paradigma económico dominante y desvela sus fundamentos en última instancia imposibles, por reduccionistas, si no es mediante la ocultación de esa «segunda economía» que, al igual que ocurre con el «segundo sexo»,³ existe y actúa siempre a la sombra de esa «primera» economía —realmente única economía— productiva, mercantil y patriarcal. «Se mire por donde se mire —concluye Marçal—, el mercado se basa siempre en otro tipo de economía. Una economía que rara vez tenemos en cuenta». La economía demediada, constituida en modelo dominante, es un trampantojo que solo funciona si nos olvidamos de la madre de Adam Smith.⁴

La lógica (in)moral del mercado

Cuando en 2021 el por entonces ministro de Transportes, Movilidad y Agen-

da Urbana, José Luis Ábalos, rechazó introducir mecanismos de control de los precios del alquiler en la Ley de Vivienda que negociaban el PSOE y Unidas Podemos, utilizó el argumento de que la vivienda «es un derecho pero también un bien de mercado que genera actividad económica». Un derecho –fundamental, no lo olvidemos– no puede ser *también* un bien de mercado. Un derecho puede ser además un bien de mercado a condición de que la satisfacción universal de tal derecho esté garantizada.

Tiene razón Cohen cuando afirma que «el hombre moral abandona la sala cuando entra el *Homo economicus*»,⁵ como la tiene Macfarlane al sostener que el dinero, «que es una forma abreviada de expresar relaciones capitalistas, valores de mercado, comercio e intercambio, nos introduce en un mundo de confusión moral». ⁶ El capitalismo revolucionó el mundo cuando puso el valor de cambio de un bien, un recurso o un servicio (su valor de mercado), absolutamente por encima y al margen de su valor de uso, de su utilidad práctica. El resultado es una perversa y paradójica inversión de valores: las actividades más necesarias, que son las más pegadas a la vida, son las menos reconocidas, las peor consideradas, las peor pagadas; lo contrario de lo que ocurre con las actividades más alejadas de la vida y más pegadas al dinero. El interés económico se impone a la satisfacción de las necesidades humanas básicas.

Como advierte Sandel, la lógica mercantil desplaza la moral de nuestra conversación cívica; la valoración y el intercambio mercantiles sobre ciertos bienes y prácticas tienen un efec-

to degradante, hacen que estos bienes y prácticas convertidos en objeto de compraventa sufran una *corrupción*: «La corrupción de estos bienes no puede impedirse simplemente estableciendo condiciones de negociación justas. Incluso en una sociedad sin diferencias injustas de poder y riqueza seguiría habiendo cosas que el dinero no puede comprar. Y ello debido a que los mercados no son meros mecanismos. Encarnan ciertos valores. Y, a veces, los valores del mercado desplazan normas no mercantiles que merecen ser preservadas». ⁷ Bienes y prácticas como la integridad sexual, la salud, el voto, el trasplante de órganos... o la vivienda.

Pagar más a quien menos valor social genera

La New Economics Foundation (NEF) impulsó en 2009 un estudio en el que se analizaba el valor de diversos empleos y profesiones desde la perspectiva del retorno social, comparando lo que cobran las personas que las desempeñan con su aporte a la sociedad, en términos del valor social, ambiental y económico que estos empleos y profesiones producen o, en algunos casos, socavan. ⁸ Para ello, las autoras del informe escogieron seis profesiones o actividades laborales, tres de alta o muy alta remuneración (banquero de inversiones, ejecutivo publicitario y gestor de impuestos) y otras tres de remuneración baja (limpiadora de hospital, trabajador en planta de reciclaje y cuidadora o cuidador infantil). ¿El resultado? Las actividades mejor remuneradas tenían retornos sociales nega-

tivos. Por ejemplo, los daños sociales y ecológicos causados por el consumismo que alimentan los ejecutivos publicitarios, así como la insatisfacción y ansiedad que este provoca, llevó a la NEF a calcular que estos profesionales destruyen 11 libras de valor social por cada libra en valor monetario que generan.

Todo lo contrario ocurre con empleos de salarios bajos como el de las personas, muy mayoritariamente mujeres, que trabajan en tareas de cuidado infantil. Además de liberar tiempo para que las familias de las niñas y niños, especialmente las madres, puedan desarrollar actividades laborales, incrementan las oportunidades de aprendizaje de las menores y los menores. El balance de la NEF es que por cada libra esterlina que se les paga, las trabajadoras y los trabajadores de cuidado infantil generan entre 7 y 9,50 libras en beneficios para la sociedad.

«¿Te imaginas un día sin aeropuertos?», nos pregunta AENA en su última campaña publicitaria.⁹ Pues deberíamos planteárnoslo, como hacen desde Ecologistas en Acción en su campaña de respuesta.¹⁰ Ahora bien, ¿te imaginas un día sin recogida de basuras, sin cuidado infantil, sin tiempo para acompañar o ser acompañada cuando estamos tristes o enfermas?

De la escalera a la pirámide (de sacrificio)

El capitalismo no es simplemente un sistema de producción, es fundamentalmente un sistema de *predación*. Nancy Fraser habla de un *capitalismo caníbal*, de un orden social institucio-

nalizado que devora las bases sociales y naturales de las que depende para transformarlas en beneficio económico.¹¹

El desarrollo capitalista se ha representado históricamente con la imagen de una escalera ascendente desde una situación de subdesarrollo hasta otra de desarrollo. En el marco de este imaginario, la ascensión de esta escalera, peldaño a peldaño, sería el objetivo deseable y posible para todos los países del mundo. El máximo exponente de este imaginario lo encontramos en la obra del economista estadounidense W.W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico: Un manifiesto no comunista*, publicada originalmente en 1960 y fundamento de la denominada Teoría de la Modernización, pero es también el planteamiento de Jeffrey Sachs en su libro *El fin de la pobreza*: «Todas las regiones del planeta tienen la posibilidad de incorporarse a una era de prosperidad sin precedentes basada en la ciencia, la tecnología y los mercados mundiales. Sin embargo, [...] ciertas regiones están atrapadas en una espiral descendente de empobrecimiento, hambre y enfermedad. [...] Nuestra tarea consiste en ayudarlos a subir a la escalera del desarrollo, por lo menos a poner un pie en el peldaño inferior, desde el cual podrán seguir trepando por su propia cuenta».¹²

Pero el capitalismo no es una escalera, es una pirámide. Una *pirámide de sacrificio*.¹³ Para que muchas personas disfrutemos de esta vida, muchas más tienen que habitar y sucumbir en la dimensión *necro* de la vida. El nuestro es un modo imperial de vida.¹⁴ Somos privilegiados no porque poseemos más que otras y otros, sino porque posee-

mos en lugar de aquellas y aquellos que están desposeídas.¹⁵ Consumimos glotonamente recursos que no nos corresponden, necesarios para que otras personas puedan, simplemente, vivir. Vivimos devorando las oportunidades vitales de otros. Somos, literalmente, caníbales.

El capitalismo es un sistema intrínsecamente colonial que ha dependido y sigue dependiendo de un «exterior» (naturaleza, trabajo humano, creatividad, cuidados) «del que usurpar valor, sin ningún coste y sin ofrecer ninguna prestación equivalente».¹⁶ El descarte

(de personas, de culturas, de territorios) es la contrapartida de la externalización, operación diabólica sin la cual la contabilidad capitalista se mostraría tal como es: como un sistema en el cual unas y unos, que siempre deben ser menos, viven a costa de otras y otros, que deben ser más; y que, en demasiadas ocasiones, están de sobra. Lo que la economía oficial llama *externalidades* significa, en la práctica, que hemos organizado nuestra vida a expensas de otras y de otros, sobre quienes descargamos los costes de nuestro estilo de vida.¹⁷

Con motivo de la crisis de 2008 y la respuesta austeritaria impuesta por las principales instituciones internacionales, las economistas Lourdes Benería y Carmen Sarasúa reclamaban que, al igual que tras la Segunda Guerra Mundial se crearon instituciones y procedimientos para perseguir los crímenes políticos contra la humanidad, era el momento de hacer lo mismo con los crímenes económicos.¹⁸

Crímenes, sí: no fases, crisis, coyunturas o ciclos. Decisiones conscientes, informadas e interesadas, de personas y de instituciones que provocan sufrimiento y muerte a través de políticas de ajuste estructural, recorte de inversiones sociales, derribo de servicios públicos. Lo denunciaban con firmeza los expertos en salud pública David Stuckler y Sanjay Basu:

Si los experimentos en austeridad hubiesen estado gobernados por las mismas exigencias rigurosas que los ensayos clínicos, un comité de ética médica los hubiera suspendido hace mucho tiempo. [...] En última instancia, la austeridad ha fracasado porque no se apoya ni en una lógica ni en unos da-

tos sólidos. Parte de la creencia de que un gobierno reducido y unos mercados libres son siempre mejores que la intervención estatal. [...] La mayor tragedia de la austeridad no es que haya dañado nuestras economías. La mayor tragedia es el sufrimiento humano innecesario que ha causado.¹⁹

Muerte y sufrimiento

En un artículo colectivo publicado en 2014, Stuckler y sus colegas calificaron de «negacionismo» las políticas impuestas por gobiernos como el griego o el español, y por diversas agencias internacionales al rechazar y desacreditar todas las evidencias científicas

que alertaban de los graves efectos de la austeridad sobre la salud de las poblaciones;²⁰ porque el capitalismo mata de manera regular, en su funcionamiento normal, no solo en momentos de crisis económica ni como consecuencia de fallos imprevistos o errores de cálculo.

Anne Case y Angus Deaton firmaron en el año 2020 una investigación esencial sobre las *muerres por desesperación* (suicidios, alcoholismo, adicciones) que reducen la esperanza de vida de los trabajadores (sobre todo varones y blancos) estadounidenses con menos estudios, golpeados desde los años setenta del siglo xx por la precarización de sus empleos y de sus vidas, y por el desmantelamiento de todas las instituciones públicas y comunitarias que podrían sostenerlos. Estas muertes por desesperación aumentaron desde una tasa de 30 por cada 100.000 en 1990 a otra de 92 por cada 100.000 en 2017, hasta alcanzar este último año la cifra de 158.000 fallecimientos, que contrastan con las 40.100 víctimas por accidentes de tráfico y los algo menos de 20.000 homicidios.²¹

Muerres por desesperación. Ya solo el término nos conmueve. Expresión de un sufrimiento moral insoportable, de una pérdida absoluta de conexión con la vida, motivado no por un dolor físico crónico, sino por otras causas. Se trata, es cierto, de muertes autoinfligidas, de muertes «por su propia mano», como dice Anne Case en una entrevista.²² Pero se trata de ejemplos de sufrimiento mental o moral solo en última instancia, en su desenlace; si las miramos desde su origen, nos encontramos con muertes cuyo desencadenante es el *sufrimiento social*. No

son solo muertes trágicas, son también muertes injustas que tienen que ver con el funcionamiento «normal» de un sistema social, el capitalismo, que, como viene denunciando proféticamente el papa Francisco, descarta y mata.

La Unión Europea y España presentan una situación en absoluto comparable a la que describen Case y Deaton para Estados Unidos; la diferencia la marca aquí la existencia de unos sistemas públicos de salud universal, de una redes sociales y comunitarias más densas y cotidianas, y del mucho menor impacto de la denominada «epidemia» de opioides que está acabando con la salud y la vida de millones de estadounidenses. Sin embargo, hay riesgos ciertos de que el fenómeno de las muertes por desesperación pueda trasladarse a Europa.²³

Acumulación y cosificación

La economía del capitalismo global es, bajo la parafernalia de bits y algoritmos que caracteriza su epidermis digital, un retorno de lo peor de la *acumulación originaria* o primitiva que está en los orígenes del capitalismo: el «brutal proceso de separación del pueblo de los medios de autoabastecimiento»²⁴ mediante los cercamientos de tierras comunales y la reorganización de los tiempos de vida para someterlos a las exigencias de la producción, así como mediante el colonialismo, y el esclavismo, todo ello ejecutado con una violencia directa y extrema. En la actualidad, hablamos de extractivismo y de *acumulación por desposesión*,²⁵ de la (re)emergencia de formaciones sociales *predatorias* basadas en lógicas

de *expulsión*,²⁶ de la privatización de los bienes comunes de la humanidad (como el agua o los bosques)²⁷ y del sueño criminal de las élites globales de que podrán —ellas solas y solo ellas— «ponerse a salvo fuera del mundo»²⁸ evitando las consecuencias de la catástrofe ecológica que amenaza nuestro futuro: «Por primera vez, un movimiento de gran envergadura pretende no afrontar seriamente las realidades geopolíticas, sino situarse explícitamente fuera de toda restricción, literalmente *offshore* —como los paraísos fiscales. Lo más importante es no tener que compartir con los otros un mundo que jamás volverá a ser común».²⁹

La cosificación, la reificación, la reducción de todo (la naturaleza, las personas) a la categoría de objeto, de cosa, la relación puramente instrumental con el mundo, es el envés de la Ilustración, tal vez su condición de posibilidad, al menos en su concreta realización histórica. Es esta cosificación generalizada la que nos permite practicar tan alegremente el descarte: la naturaleza como cosa, la persona como cosa, recursos naturales y recursos humanos, instrumentalismo extremo.

Es cierto que la cosificación no empezó con el capitalismo, ni siquiera con la Ilustración. Como señala Gerda Lerner, «la sexualidad de las mujeres, es decir, sus capacidades y servicios sexuales y reproductivos, se convirtió en una mercancía antes incluso de la creación de la civilización occidental».³⁰ Esta es también la lógica que impulsó el colonialismo, la reducción del otro-colonizado «al estado de objeto».³¹ Pero el capitalismo, con su conversión de todo en mercancía, es la apoteosis de la cosificación, subsumiendo las

lógicas cosificadoras del patriarcado y del colonialismo, y aportando la propia (economicismo y clasismo).

Las *pirámides de sacrificio* sobre las que se eleva la modernización (desarrollismo) capitalista no han desaparecido con el paso del tiempo. Siguen estando aquí, bajo nuestros modos de vida, sosteniendo nuestro bienestar: relativo cuando lo contrastamos con los modos de vida de los privilegiados del norte global al que pertenecemos, absoluto si nos comparamos con las mayorías empobrecidas del sur global. Sí, es cierto. Esta economía mata, literalmente. Mata por ser capitalista, pero también por ser colonial³² y patriarcal.³³

El trabajo del filósofo camerunés Achille Mbembe puso en circulación un término, el de *necropolítica*, que, inspirado en la obra de pensadoras y pensadores de la biopolítica como Michel Foucault, Giorgio Agamben o Agnes Heller, y en su mirada a la política como proyecto y tecnología de gobierno *de y sobre* los cuerpos, enfatiza la dimensión de quitar la vida sobre la de protegerla o garantizarla.³⁴ Esta capacidad de proteger la vida ha sido el fundamento legitimador del Estado moderno desde que Hobbes lo teorizó como aquel poder soberano que nos saca del estado de naturaleza, en la que cualquier ser humano es un lobo para los demás seres humanos. A nadie se le ha escapado nunca, menos que a nadie al propio Hobbes, el hecho de que para proteger la vida de muchas y muchos la condición era que el Estado pudiera arrebatarla a otras y a otros, que la garantía de la vida no se sostiene sin la amenaza de la muerte. Pero hemos preferido pensar nuestro mundo político

dejando en la sombra esta cuestión. Lo que hace Mbembe es invertir la mirada sobre el poder político y, a partir de la experiencia colonial sufrida por tantos países de África, como el suyo, develar la verdadera naturaleza de la política, su esencia de *política de la muerte*.

Del mismo modo cabe reflexionar sobre el capitalismo como una economía de la muerte o *necronomía*. ¿Que el capitalismo nos ha hecho mucho bien, en términos materiales, a muchas y a muchos? No cabe discusión: solo tenemos que mirarnos. Estamos en la parte *bio* de la economía capitalista, en la cúspide de cadena alimentaria capitalista.

¿Podemos imaginar la interrupción (conversión)?

La economía capitalista es una *necronomía*, una economía contra la vida; pero este mensaje tiene difícil encaje en unas comunidades –también en las cristianas– en las que predominan (predominamos) mujeres y hombres de vida y mentalidad burguesas, a quienes, en general, el capitalismo nos va bien: tenemos empleo, salarios decentes, propiedades, oportunidades de consumo... Somos, como advirtió Metz, personas que «ya tienen un futuro» y, por ello, tenemos dificultades objetivas para escuchar y personalizar las palabras mesiánicas del reino de Dios y del futuro en él inaugurado, pues el único futuro que concebimos y deseamos es la «sublimación y glorificación solemne de un futuro burgués preconcebido». Pero el futuro mesiá-

nico de la fe cristiana «no confirma y corrobora nuestro futuro burgués preconcebido, no lo prolonga, no le añade nada, no lo sublima y glorifica, sino que lo interrumpe»;³⁵ y no estamos para interrupciones: queremos más de lo mismo. Sobre todo, queremos crecimiento.

Afrontamos, por tanto, un problema de *conversión*, de cambio profundo de nuestros corazones, de *metanoia*,³⁶ que, en términos sociológicos, exigirá desclasamiento (abandonar el horizonte de futuro burgués) y, en términos económicos, decrecimiento y justicia global. La prueba de esa conversión está en el *seguimiento*, en una transformación radical de nuestras prácticas económicas.

La situación está más que clara: ¿creemos de verdad que esta economía mata? Si es así, además de decirlo, ¿qué estamos haciendo ya para reducir, limitar, minimizar, nuestra participación en ella? Esta es la propuesta de conversión: contra la *necronomía* capitalista, una economía de y para la vida, y aquí el ecofeminismo tiene mucho que enseñarnos.³⁷ También el ecofeminismo cristiano o de inspiración religiosa.³⁸ El problema es que nuestra capacidad como Iglesia para entablar un diálogo sincero con esos ecofeminismos se ve gravemente limitada por el sesgo patriarcal de nuestras estructuras. «Somos mujeres creyentes. Estamos comprometidas y alzamos la voz. No pararemos hasta poner fin al machismo en la Iglesia», clamaban el pasado marzo nuestras hermanas del colectivo Revuelta de Mujeres en la Iglesia. Gritémoslo con ellas.

ALTERNATIVAS A UNA ECONOMÍA QUE MATA

Llegado este momento tengo que compartir mi desasosiego, mi angustia, al intentar conciliar en mi propia vida lo que el papa Francisco nos decía en el párrafo 53 de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, publicada ahora hace diez años: «Así como el mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. Esa economía mata».³⁹

¿Cómo justificamos el hecho de seguir participando cada día y de tantas formas en una economía que mata? Porque es un hecho que seguimos haciéndolo, seguimos contribuyendo al funcionamiento de esta economía de la exclusión y la inequidad, de esta economía guiada por una cultura del descarte. ¿O hemos cambiado algo (algo sustancial) en nuestras prácticas económicas tras la interpelación de Francisco? Me temo que no. Me temo que desde que Francisco dijo lo que dijo, y por más que lo haya repetido con posterioridad, las católicas y los católicos, tanto personas como instituciones, hemos continuado funcionando como perfectas *Homo economicus*, produciendo y consumiendo bajo las reglas de esta economía... que mata.

Por cierto, todo indica que lo mismo ha ocurrido con nuestra recepción de la *Laudato Si'*, al menos si leemos el párrafo 2 de la reciente Exhortación Apostólica *Laudate Deum*: «Han pasado ya ocho años desde que publiqué la Carta encíclica *Laudato si'*, cuando quise compartir con todos ustedes, hermanas y hermanos de nuestro sufrido planeta, mis más sentidas preocupaciones sobre el cuidado de la casa común. Pero con el paso del tiempo advierto que no tenemos reacciones suficientes mientras el mundo que nos acoge se va desmoronando y quizás acercándose a un punto de quiebre».

Y el caso es que hay alternativas y están a nuestro alcance.

En un maravilloso libro, la ensayista Rebecca Solnit recuerda y hace

suya una atinada reflexión del sociólogo y activista anarquista estadounidense Paul Goodman: «Supongamos que hemos tenido la revolución de la que hablábamos y con la que soñábamos. Supongamos que nuestro bando ha ganado, y que tenemos la clase de sociedad que queríamos. ¿Cómo vivirías tú, personalmente, en esta sociedad? ¡Empieza a vivir de esa manera ahora!».⁴⁰

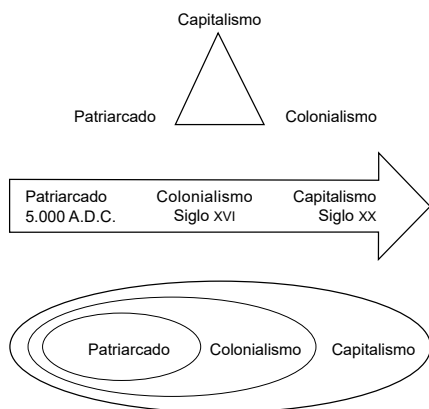
Salgamos de una vez de la rotunda paralizante de la discusión sobre cambio personal y cambio sistémico, sobre si la transformación ha de ser individual o estructural. El problema no es dónde termina la tarea de la transformación: lo hace en las estructuras y las instituciones; el problema es dónde empieza esa tarea. ¿Alguna de nosotras puede empezar ya desde la estructura? Pues adelante. Yo no puedo. Por lo tanto, tendré que empezar desde aquello que está a mi alcance: mi capacidad de agencia. Ya está: *Hic Rhodus, hic salta*. Hagamos ya lo que creemos que debemos hacer para combatir la necronomía capitalista y contribuir a fortalecer la «rebelión del instinto de vida contra el instinto de muerte socialmente organizado».⁴¹

Revisar nuestros privilegios, cuestionar nuestra buena suerte bruta

Hemos nacido y crecido en la parte buena del mundo, la que durante muchas décadas hemos llamado «desarrollada» en contraste con la «subdesarrollada», como si nuestra situación fuera una cuestión de mérito. Ya hemos visto que no, que no nos hemos desarro-

llado *más* que otras y otros, sino *sobre* otras y otros.

No solo en lo ecológico, no solo en lo que se refiere a la estructura de dominación y privilegio que es el capitalismo. Esta es solo una de las grandes estructuras, la última, tras el colonialismo y el patriarcado. El capitalismo es una de las estructuras de dominación que configuran el sistema de opresión en cuyo seno habitamos. Un sistema complejo de dominación y privilegio conformado por la intersección de capitalismo, colonialismo y patriarcado que se añaden y superponen —¡no se superan o se dejan atrás!— a lo largo del tiempo y en cada momento histórico. Para visualizarlas correctamente debemos combinar la imagen topográfica, la mirada longitudinal y la visión de *matrioshka*.⁴²



Reni Eddo-Lodge escribe en *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*:

He dejado de hablar con blancos sobre racismo. No con todos ellos, pero sí con

la amplia mayoría que rechaza aceptar la legitimidad del racismo estructural y sus síntomas. No puedo seguir enfrentándome al abismo de la desconexión emocional que las personas blancas exhiben cuando una persona de color articula su experiencia. Su mirada se apaga y se endurece. Es como si alguien echara melaza en sus oídos y bloqueara sus canales auditivos. Es como si ya no pudieran oírnos.⁴³

Como señala la autora, si el racismo se agotara en las palabras y acciones del extremismo blanco, la lucha antirracista sería muy sencilla. Bastaría con prohibir los discursos inflamadamente racistas, con castigar políticamente a los partidos *xenofox* o con combatirlos en la calle. Pero el racismo es estructural, «está imbricado en el tejido de nuestro mundo», existe y persiste por y para mantener el privilegio blanco, que la autora define acertadamente como «la ausencia de las consecuencias negativas del racismo».⁴⁴ Este racismo estructural «no solo priva de poder a sus víctimas sino que empodera a los que no lo son», de manera que «brinda mejores oportunidades en la vida a las personas blancas».

Exactamente lo mismo ocurre con el privilegio masculino, por eso el machismo es igualmente estructural. En 1989 la politóloga Peggy McIntosh escribía lo siguiente:

El tema de las ventajas que el hombre obtiene de las desventajas de la mujer está rodeado de negaciones que son prácticamente tabúes. Estas negaciones evitan que el privilegio masculino sea plenamente reconocido, se vea disminuido, o llegue a su fin. [...] Creo que a

las personas blancas les enseñan cuidadosamente a no reconocer el privilegio blanco, como a los hombres se les enseña a no reconocer el privilegio masculino. Es por eso que, sin que nadie me enseñe, he comenzado a preguntarme qué se siente al gozar del privilegio blanco. He llegado a ver el privilegio blanco como un paquete invisible de ventajas innmerecidas que espero aprovechar cada día, pero en el que «se suponía» no debía pensar. [...] Describir el privilegio blanco le hace a uno responsable. Así como quienes colaboramos en Estudios sobre la Mujer trabajamos para revelar el privilegio masculino y pedir a los hombres que renuncien a una parte de su poder, alguien que escribe sobre lo que significa tener privilegio blanco debe preguntarse, «Ahora que lo he descrito, ¿qué voy a hacer para disminuir o acabar con él?».⁴⁵

Apliquemos las reflexiones de Reni Eddo-Lodge y de Peggy McIntosh al privilegio capitalista: ahora que lo hemos descrito, ¿qué vamos a hacer para disminuir o acabar con él?

Es fundamental empezar por reconocer y nombrar las estructuras de dominación y privilegio en las que desarrollamos nuestras vidas: patriarcado, colonialismo, capitalismo. Somos hijas e hijos de tales estructuras. Nuestro horizonte de deseos, miedos y expectativas está formateado por esta realidad. Es por eso por lo que debemos deconstruirnos antes de construir nada distinto: des-patriarcalizarnos, des-colonializarnos y des-capitalistizarnos. Si no, todo lo que hagamos será reproducir esas estructuras.

Si no somos agencia consciente, seremos estructura inconsciente.

Enseñar al deseo a desear

Lo expresaba bellamente José Luis Sampedro en *El río que nos lleva*: «¿Cómo proyectar desde la óptica vigente si es el primer obstáculo a lo futuro?». ¿Cómo desear algo distinto desde el interior de esta eficaz fábrica de deseos bastardos y domesticados que es el capitalismo? Y, antes que él, lo planteaba Marcuse en 1967: «Nos encontramos hoy ante el problema de que la transformación es objetivamente necesaria, pero que precisamente las capas clásicamente definidas como agentes de la transformación no sienten la necesidad de la misma. Hay que empezar por suprimir los mecanismos que ahogan esa necesidad subjetiva, pero esto presupone a su vez la necesidad subjetiva de eliminar esos mecanismos. Es ésta una dialéctica de la que no encuentro salida».⁴⁶

En su biografía sobre William Morris, E. P. Thompson reflexiona sobre las consecuencias que el fracaso del socialismo utópico tuvo en relación con el desarrollo posterior del marxismo. La utopía mantenida por estos socialistas, entendida como *educación del deseo*, suponía abrir una espita a la imaginación, «enseñarle al deseo a desear, a desear mejor, a desear más, y sobre todo a desear de un modo diferente». Porque...

el «deseo», no educado excepto en la enconada praxis de la lucha de clases, podía tender —como advirtió frecuentemente Morris— a ir a su aire, a veces para bien, a veces para mal, pero cayendo una y otra vez en el «sentido común» o valores habituales de la sociedad anfitriona. Así que lo que puede estar

imbricado en «el caso Morris», es todo el problema de la subordinación de las facultades imaginativas utópicas dentro de la tradición marxista posterior: su carencia de una autoconsciencia moral o incluso de un vocabulario relativo al deseo, su incapacidad para proyectar imágenes del futuro, incluso su tendencia a recaer, en vez de eso, en el paraíso terrenal del utilitarismo, es decir, la maximización del crecimiento económico.⁴⁷

Un deseo no educado acaba reproduciendo la estructura de deseos propia del capitalismo (y del colonialismo, y del patriarcado). «No tenemos sueños baratos», como aplaudía la organización de Loterías y Apuestas del Estado en una de las campañas publicitarias más inmorales que recuerdo.⁴⁸

Revisar nuestros modos de vida

Como señala Peter Singer, la mayoría de las opciones que tomamos en nuestra vida cotidianas son *elecciones restringidas*, puesto que se hacen en el marco de un esquema o conjunto de valores dado. Elecciones en las que no ponemos en juego valores fundamentales; la elección es una cuestión de cuáles son los mejores medios para lograr lo que es valorado. En las *elecciones últimas*, sin embargo, se empieza por los valores fundamentales mismos, escogemos entre diferentes modos de vida, más o menos acordes a nuestros ideales de moralidad, por lo que en la opción que tomemos nos estamos jugando nuestra coherencia ética, nuestra propia identidad moral.⁴⁹

Pues bien, cabe sostener que, en la actualidad, todas las opciones que to-

mamos en nuestra vida cotidiana han adquirido el carácter de elecciones últimas. Cómo calentar o enfriar nuestros hogares, qué prendas vestir, aprovechar o no las increíbles ofertas que las líneas aéreas *low cost* nos ofrecen para volar a cualquiera de los muchos cálidos paraísos insulares, de qué alimentarnos... Un endemoniado *efecto mariposa* hace en la actualidad que hasta el menor de los actos que afrontamos a lo largo de un día cualquiera de nuestra vida esté cargado de consecuencias sobre la existencia de millones de personas. Habitamos un mundo de «comunidades de destino solapadas»,⁵⁰ en el que no solo las trayectorias de los países se entrelazan las unas con las otras, sino en el que las trayectorias de los propios individuos se entrecruzan de maneras cada vez menos evidentes, pero no por ello menos reales.

No se trata de sentar en el banquillo al individuo absolviendo al «sistema»; no se trata de desconocer las dimensiones estructurales de los problemas a los que nos enfrentamos. Pero es fundamental asumir que nada es posible sin una implicación real y efectiva del máximo de individuos en una dinámica de cambio de las pautas de consumo características de nuestro modelo de crecimiento. Como señala Monbiot, «No podemos seguir culpando sólo al gobierno o a las instituciones de la parsimonia con que el mundo está respondiendo al cambio climático. Estos no pueden hacer nada hasta que nosotros queramos. En estos momentos lo queremos todo: playas con palmeras, coches monstruosos, televisores con pantalla de plasma y una conciencia tranquila [...]. A los gobiernos no les interesa cuestionar nuestras ilusiones.

Si sus aspiraciones y las nuestras difieren demasiado, pierden las elecciones. No van a actuar con contundencia hasta que nosotros les demos que hemos cambiado».⁵¹

Introducir cambios en nuestro modo de vida

«¿Pueden un socialista o una comunista del siglo XXI no ser vegetariano?», se pregunta Jorge Riechmann.⁵² ¿Pueden no serlo una cristiana o un cristiano? ¿Qué elementos de nuestro modo de vida son incompatibles con nuestro ideal de vida? Es muy fácil elaborar una *checklist* de la necronomía cotidiana y de sus alternativas. Que cada cual escriba su propia lista. Pero que la haga. Y que intente cumplirla en un ejercicio de no colaboración con la injusticia. Y no solo en relación con hábitos de consumo: ¿cuánto cuidamos y cuánto descuidamos?, ¿cuán central es lo reproductivo en nuestras vidas?, ¿cuánto de nuestro tiempo lo dedicamos al cuidado de la vida y cuánto a su «descuido»? Cuidemos todo lo que podamos; cambiemos nuestras prioridades.

Actuar colectivamente

Como ya hemos desarrollado en el VII Informe FOESSA,⁵³ han existido y existen en la actualidad numerosas iniciativas agrupadas bajo denominaciones como *economía social y solidaria*, *economía del bien común*, *economía para la vida*, *economía del procomún* o *economía alternativa*. Iniciativas prácticas, locales, cercanas,

entre las que cabe distinguir matices y discrepancias, pero que en general comparten varios principios básicos:

1. que el objetivo de la economía debe ser lograr la satisfacción de las necesidades básicas de toda la población, sin que el bienestar de algunas personas dependa de la exclusión de otras;
2. que las actividades y procesos económicos han de ser ecológica y socialmente sostenibles;
3. que estas actividades deben regirse por los principios de democracia, igualdad y no discriminación, respondiendo siempre a las aspiraciones y a las decisiones políticas de la comunidad en la que se insertan.

Prácticas sociales cercanas y reales, orientadas por fuertes principios normativos, pero que no se queden en la mera afirmación ideológica. Prácticas de colaboración, de cooperación, de comunión, de solidaridad, de simplicidad, de autocontención, que desmientan el discurso hoy hegemónico del amor y asocial *Homo economicus*. Este es el reto y el valor de las economías alternativas: constituirse en *inéditos viables*, en *soluciones practicables no percibidas* que nos permitan visualizar, ya y aquí, ese otro mundo posible que todavía no es.⁵⁴

Optar por los bienes públicos frente a los bienes privados

Fortalecer lo público y lo común. Vivienda, vehículos, espacios, educación, seguridades. La vida social—más aún la vida social alternativa—precisa

de unas condiciones materiales (infraestructurales) adecuadas. Apostar por buenas infraestructuras sociales, públicas y de acceso universal (escuelas, parques, plazas, bibliotecas...), que inviten a detenerse y encontrarse, que no sean simples espacios, sino que se conviertan en *lugares*, en hábitats de significado, es imprescindible si queremos detener y revertir la tendencia a la mercantilización de la vida urbana. «No va a ser fácil restaurar el espíritu de propósito común y de humanidad compartida necesario para la vida ciudadana, pero, como no construyamos infraestructuras sociales de mayor calidad, la ardua tarea que nos aguarda será imposible. Está en juego el futuro de nuestra democracia».⁵⁵

Influir colectivamente con perspectiva de cambio estructural

Hablamos de la importancia de la acción sociopolítica organizada y del voto. Que sí, que ya sé que vivimos tiempos de desafección, ganada a pulso por una política institucional cada vez más enferma y enfermante. Sé de lo que hablo.⁵⁶ Pero nosotras que podemos (porque la mayoría de la humanidad no puede, por el régimen político en el que vive o por su situación económica: las personas pobres votan mucho menos que las acomodadas) debemos usar todas las herramientas de la democracia para cambiar la realidad. Podemos escoger dónde y cómo hacer política, pero no podemos escoger no hacer política. No participamos políticamente en función de nuestros intereses y necesidades, sino en función de

los intereses y las necesidades de las personas más vulneradas. Nuestra participación política debe surgir de una opción por ellas. Es su bienestar, y no el nuestro, el que guía nuestra acción.

Eagleton lo ha expresado perfectamente: «No hay otro sitio desde el que comenzar. Si queremos un futuro diferente, tendrá que ser el futuro de este presente nuestro en particular. Y la mayor parte del presente está hecho del pasado. No contamos con nada más con lo que confeccionar un futuro que no sean las pocas e inadecuadas herramientas que hemos heredado de la historia. Y son herramientas manchadas por el legado de desdicha y explotación a través del que han llegado hasta nosotros. Renunciar a estas herramientas (la reforma social, los sindicatos, los partidos políticos, la democracia parlamentaria, las organizaciones sociales) solo sirve para construirnos una autoidentidad tan impoluta como impotente».⁵⁷

Ser abiertamente anticapitalistas (y anticolonialistas y antipatriarcales)

El «capitalismo aceptable» es un engaño⁵⁸ (recuperemos, releamos y reconversemos el imprescindible libro de José Ignacio González Faus) y una idolatría, como explicó en tantas ocasiones el recordado Txema Mardones: «Un culto idolátrico que impide ver la alteridad con los otros, sobre todo de las mayorías pobres de este mundo, y experimentar el evangelio de Jesucristo como gozosa nueva de que el Reino ha sido revelado a los pobres y pequeños y a los que optan por ellos».⁵⁹

Y no morir de tristeza en el intento

Raffaele Simone ha caracterizado la actitud vital de las personas de izquierdas (para que el dedo partidista no tape la luna: de cualquier persona cuando menos incómoda con el mundo actual y sensible a las víctimas de sus estructuras de dominación) como la de quien debe mantener permanentemente en tensión un muelle que tiende a volver a su posición original en cuanto dejamos de hacer fuerza. Frente al «monstruo amable» que es el capitalismo, que nos premia con solo dejarnos llevar, enfrentarse a él tiene una dimensión intrínsecamente *penitencial*: exige atención permanente, esfuerzo y renuncia.⁶⁰

Para estar en la izquierda hace falta haber metido en cintura los impulsos descritos en los postulados de la derecha, con un grado variable de esfuerzo sobre uno mismo, es decir de *renuncia*, incluso a costa de negar o limitar sus propios intereses. Este es el aspecto al mismo tiempo admirable y demencial de la izquierda (y es lo que la aproxima en ciertos aspectos a algunas formas de devoción religiosa): ¿renunciar cuando uno puede tener? ¿Privarse cuando uno puede acumular? ¿Igualarse cuando uno puede prevalecer?⁶¹

Esfuerzo, renuncia, autolimitación. Pues menudo panorama, ¿no? ¿Cómo sostener una misma y extender a otras personas una propuesta así?

Hay un libro que me acompaña desde hace muchos años y al que vuelvo con frecuencia: se trata de *Las fiestas de locos*, publicado originalmente

en 1969 por el teólogo Harvey Cox. En sus primeras páginas, Cox advierte de la existencia en aquella época de una brecha, que consideraba evitable, «entre los que quieren cambiar el mundo y los que se dedican a cantar la alegría de vivir». Se refería Cox a la división abierta entre movimientos contraculturales que practicaban modos de vida alternativos, comunales, que experimentaban con las drogas y profundizaban en nuevas espiritualidades (como los *hippies*) y los que, radicalizando su crítica al sistema, optaban por estrategias de confrontación directa, también violenta, para derribarlo. En opinión de Cox, no tendría por qué existir esta brecha: «No existen motivos para que los que saben gozar de las alegrías de la vida no puedan, al mismo tiempo, comprometerse con un hondo cambio social. Y los que pretenden cambiar el mundo no tienen por qué ser tristes y ascetas». Más aún, «los radicales – sostenía Cox– serían más eficaces sí, de vez en cuando, se permitieran vivir –aunque solo fuera ocasionalmente– como si todos los objetivos por los que luchan hubieran sido totalmente alcanzados».⁶²

¿No es de esto de lo que va nuestra tensión escatológica, de saber vivir con serenidad la sabiduría profunda

del «ya, pero todavía no» del Reino de Dios? ¿De celebrar lo logrado sin dejar de buscar lo que falta?

Hay una felicidad profunda en la desconexión del capitalismo, un sistema que, frente a lo que proclama, no es una cornucopia productora de inagotable abundancia, sino una máquina diseñada para producir constantemente *escasez*, sin la que el engranaje de la acumulación y el crecimiento colapsarían.⁶³ Superados los umbrales de la satisfacción de las necesidades esenciales, umbrales que la mayoría de quienes vivimos en el norte global hace mucho que hemos dejado atrás,⁶⁴ la vida en la suficiencia es gozosamente liberadora. Reconocer todo lo que nos sobra en lugar de vivir la angustia de lo que nos falta es la clave de la sobriedad feliz.⁶⁵

Y lo mismo ocurre cuando nos descolonizamos y nos despatriarcalizamos, cuando nos despojamos del peso insoportable de la maleta invisible e invivible del privilegio blanco y masculino.

Es entonces cuando podemos experimentar la dicha de las aves del cielo y los lirios del campo. Es una promesa: «Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6,24-34).

ANEXO: TRES REACCIONES A LA CONFERENCIA DE IMANOL

Una economía que realmente mata

Miriam Feu. Responsable de incidencia de Càritas Barcelona

Las consecuencias de esta necronomía que nos ha explicado de manera tan clara Imanol se palpan sobre todo en las personas que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad. Personas en situación de exclusión, que en realidad son personas invisibilizadas y con sus derechos más básicos vulnerados, pero que vemos y conocemos desde las entidades sociales. Según la Fundación FOESSA estamos hablando de 11 millones de personas en situación de exclusión social en España, y 2,2 millones en Cataluña.

Y vemos cómo ese derecho convertido en bien especulativo, la vivienda, deja a personas y sus familias a la intemperie. Sobreviviendo en situaciones de calle, en infraviviendas o realquilando habitaciones. Me detengo un momento aquí porque me gustaría que fuéramos conscientes de lo que signi-

fica: inseguridad permanente de que te echen a la calle, indefensión ante todo tipo de abusos (desde precios abusivos, miedo a compartir espacios comunes con desconocidos, dificultades en la convivencia, horarios para ir al baño...), rotación elevada y dificultad para arraigarte en el barrio, y todo aún más difícil cuando hay niños, que no pueden hacer ruido, no tienen espacio para estudiar, no se pueden quedar solos. El miedo a no tener suficiente dinero cada inicio de mes para pagar la habitación, unido a la obligatoriedad de tener que elegir entre quedarse en la calle o no comer. La vivienda es el lugar donde descansar, sentirse seguro, protegido... qué lejos suena para cada vez más personas.

La dificultad para hacer frente a los costes de la vivienda y los suministros no solo se da por unos precios del alquiler desbocados, sino también por un mercado laboral dualizado, donde el empleo se divide entre «empleo» o «precariedad laboral». Donde trabajar unas pocas horas al mes forma parte de la normalidad, con lo que el sueldo no

llega para cubrir las necesidades más básicas. Donde la inestabilidad no permite planificar la vida, sino sobrevivir con el agua al cuello. Lejos queda la carrera profesional, la realización personal en el empleo... Incluso, disponer de lo más elemental, que sería un contrato laboral, es ahora un sueño para personas en situación administrativa irregular, que son las personas expulsadas e invisibilizadas incluso de las estadísticas; no constan, no existen... Pero, en cambio, son esenciales, como nos recordaba Imanol. Unas fronteras de papel marcan la diferencia entre ciudadanos de primera y de segunda, o directamente nociudadanos.

Se añade la falta de lugares o de cultura del encuentro, la falta de generación de vínculo con la comunidad, la falta de redes sociales que hace que las personas se sientan solas, se queden aisladas, cuando sabemos que la resiliencia se construye en comunidad, porque no es lo mismo afrontar las dificultades solo o acompañado.

Y así se van abriendo brechas en las condiciones de vida, que sitúan en desventaja a las mujeres, a las personas migrantes, a las familias con niños, niñas y adolescentes (NNA), cada vez más a los jóvenes... y que, mediante la transmisión intergeneracional de la pobreza, son desigualdades también futuras, puesto que los NNA que viven estas condiciones hoy tienen mayor probabilidad de reproducirlas con sus propias familias mañana, mientras no tengamos claro el derecho al cuidado y el principio del interés superior de los NNA.

Y, finalmente, un pequeño apunte sobre el marco desde el cual miramos: hoy en día, todavía nos cuesta salir de la mirada asistencialista y ver desde la

mirada de derechos de las personas. Nos cuesta pensar en un nosotros que nos incluya a todos y a todas, nos cuesta darle todo el sentido a valores como la solidaridad, que hoy se ha devaluado y ha perdido el significado de fraternidad que debería tener.

Y si las personas tenemos unos derechos fundamentales es porque como sociedad tenemos unas obligaciones fundamentales de garantizarlos. Recordando a Z. Bauman: el poder de carga de un puente no es la fuerza promedio de los pilares, sino la fuerza del pilar más débil. Lo que marca nuestra valía como sociedad es cómo tratamos a las personas que se encuentran en una situación de mayor fragilidad.

Expansión del capital en el Capitalismo

David Murillo. Profesor titular del Departamento de Sociedad, Política y Sostenibilidad de ESADE

Los desafíos sociales, políticos y ecológicos, que conlleva el capitalismo emanan del motor mismo que lo dirige. Nos referimos al capital. Si utilizamos el producto interior bruto (PIB) —el principal indicador al uso— para contemplar su evolución, podemos observar un elemento definitorio del mismo: su carácter expansivo. Si el PIB mundial para el año 2000 era de 48 billones (esto es, millones de millones) de dólares; en 2010 ya era de 64 billones (16 billones más que diez años atrás); y en 2020, año de contracción económica mundial debido a la pandemia, alcanzó los 82 billones (18 por encima del 2010).⁶⁶

Sabemos algo más de este capital. Sabemos que es codicioso, colonizador y que es una gran máquina externalizadora de costes sociales y medioambientales que se reproducen a la par. Esta es una expansión que implica el incremento del consumo de recursos naturales y que, a su vez, se correlaciona con la emisión global de gases de efecto invernadero. No hay vuelta de hoja, no hay crecimiento sin extracción de recursos ni polución.⁶⁷ No hay aceleración de uno sin aceleración de los otros. Por encima de todo, el capital avanza con la expansión de patrones de consumo del llamado «primer mundo», que personifican el estatus y la valía individual ahora a escala global. Un consumo que, recordemos, en los países llamados «industrializados» representa entre el 60-70% del PIB y que se convierte, por tanto, en objetivo que emular por parte de los llamados «países emergentes».

La expansión del capital se traslada también al ámbito cultural, político e institucional. Es esta una locomotora poderosa, continuamente alimentada, al servicio de la promoción de valores ya conocidos: el individualismo, la cuantificación, el positivismo, la maximización o el lucro. No por obvio deja de ser importante remarcarlo: el poder, entendido como capacidad de ejercer cambio sobre nuestro entorno, la agencia de transformación pues, no se sitúa en la persona, sino en este vaporoso ente que llamamos capital y que actúa sobre otro constructo artificial, de fronteras cada vez más tenues, que denominamos «el mercado».

Pero prosigamos con la cartografía de dicha expansión. Si Rosa Luxemburgo⁶⁸ ya definía el carácter coloniza-

dor del capital sobre nuevos espacios geográficos como una característica del sistema, trabajos más recientes nos hablan del perfeccionamiento de esta colonización en la esfera del hogar, de la familia y del individuo.⁶⁹ Como nos recuerda la crítica feminista, pasamos de la naturaleza como espacio por civilizar y colonizar a la invasión del capital en nuestra vida privada, en la esfera del ocio y la vida doméstica, ahora puestos al servicio de la productividad o la optimización de nuestra capacidad productiva.⁷⁰ El ocio visto como tiempo perdido, como coste de oportunidad, que espera o más bien demanda, un mejor uso: la formación productiva o la adopción de un trabajo extra. Los hijos como freno a la progresión profesional.

Si cincuenta años atrás discutíamos la mercantilización de la esfera de los cuidados y la creación de nuevo subempleo vinculado a las tareas domésticas ya externalizadas, hoy en día hablamos de la gamificación de nuestra conducta digital; de la incentivación mediante premios y estímulos virtuales de nuestra interacción en redes. Todo ello desemboca en la «guerra por la atención» a que sometemos a nuestros hijos, a nosotros mismos, crecientemente capturados por impactos visuales cargados de emociones, de *clickbait*s, o de lúdicas competiciones que van a posibilitar vender espacios de publicidad solo si consiguen maximizar nuestra presencia en internet. Todo ello, claro está, a cuenta y riesgo de incrementar la polarización política o de perjudicar la salud mental de jóvenes y mayores por igual.

Tal vez sea en el ámbito ideológico donde el efecto expansivo del capital

sea más duradero. ¿Qué efectos tiene? El más inmediato ya lo hemos visto: reducir progreso a crecimiento y este, a un indicador específico, arbitrario, como el del PIB.⁷¹ Un indicador inmune a su insostenibilidad, pero que seguimos promoviendo bajo el influjo de la codicia automatizada y autorreproducida que toma la forma de manuales universitarios, de cursos gratuitos de inversión en bolsa o de fondos de pensiones llamados «sostenibles». Es esta despolitización del capital, tan bien expuesta por Bauman en su adagio «la política propone y el mercado dispone», la que naturaliza la disolución de la agencia humana como motor de cambio social. Como resultado, ¿podemos realmente extrañarnos de la multiplicación de conflictos y tensiones que van aparejados con el dominio del capital?

El sociólogo Erik Olin Wright⁷² presentaba en su día diferentes estrategias de resistencia para vencer la indiferencia o el pesimismo. Por un lado, el ejercicio de la crítica. La denuncia de los efectos de este capital sobre la sociedad y el planeta; sus trampas epistemológicas (lo que dice saber sobre el mundo) y ontológicas (el terreno de juego económico en el que nos sitúa). Por otro lado, la habilitación y promoción de espacios alternativos, a la vez sociales y (re)productivos, alejados de la lógica del capital y del paradigma extractivista. Finalmente, la toma del poder, la influencia consciente en lo político y en el debate de las ideas con el fin de corregir la primacía del capital y desplazar de nuevo la persona al centro. Las raíces de este movimiento de transformación están ahí y podemos retomarlas. Cada país

y cada cultura encontrarán su camino. En Occidente, el ideal humanístico que es parte de nuestro bagaje cultural⁷³ puede servirnos nuevamente para una andadura que no solo es posible, sino también necesaria.

Contrapunto económico desde la Doctrina Social de la Iglesia

Inma Naranjo Cruces. Compañía de María, economista y administradora provincial

El tema que se me planteó para hacer de contrapunto a la presentación de Imanol Zubero me resulta apasionante para poder aplicarlo en mi servicio y parte de la vinculación que tuve con el grupo de economistas de Cristianismo i Justícia.

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) parte de la vida dando respuestas a las situaciones de cada momento a la luz del Evangelio, la palabra de Dios, los padres de la Iglesia y del Magisterio. Dentro de dicho Magisterio, el papa Francisco es el que, de manera más radical, desde el inicio de su pontificado, critica al sistema económico vigente. Recordemos que la DSI da principios, no soluciones técnicas ni modelos alternativos, sino que orienta para ser críticos.

Así en la EG (2013), el Papa Francisco usa la palabra *matar* para indicar las consecuencias que produce la economía actual. «Así como el mandamiento de no matar pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no” a una economía de la exclusión y la inequidad».

En la misma línea podemos considerar parte del discurso del papa a los jóvenes en Asís a finales de septiembre de 2023, dentro del movimiento que él mismo ha promovido conocido como «Economía de Francisco»: «La economía que mata, que excluye, que contamina, que produce guerra, no es una economía», sentencia Francisco. Para él, «economizar significa cuidar la casa común, y esto no será posible si no tenemos ojos entrenados para ver el mundo desde las periferias: la mirada de los excluidos, de los últimos». Este punto destaca, como comentaba Imanol, la importancia de la mirada y desde donde miramos aquí en «el primer mundo». Francisco sigue señalando que «la economía integral es la que se hace con y para los pobres». Bergoglio recuerda que «en economía también existen grandes y pequeños, pobreza y riqueza y muchos otros opuestos». Para escapar de este paradigma, defiende que la economía ha de ser «un lugar de inclusión y cooperación, de generación continua de valor para ser creado y puesto en circulación con los demás». En este punto, me gustaría subrayar que dentro de las alternativas propuestas por Imanol se partía desde lo personal, la conversión, *metanoia* hacia lo más global y estructural; también en la DSI el Papa Francisco lo propone de esta manera, así como la llamada a trabajar conjuntamente a colaborar no como individuos aislados, sino como grupo humano, como comunidad.

Otro punto que me gustaría destacar en la aportación de Imanol es la importancia que se ha dado a la visión femenina y al papel de la mujer. También en el discurso a los jóvenes en Asís,

Francisco introduce esta significativa variable. El Papa asume que la visión del mundo que ha prevalecido siempre ha sido la de los «varones generalmente occidentales». Así, entona un *mea culpa*: «Durante siglos hemos dejado de lado —entre otras— la mirada de las mujeres: si hubieran estado presentes, nos habrían hecho ver menos bienes y más relaciones, menos dinero y más redistribución, más atención a quienes tienen y a quienes no, más realidad y menos abstracción». «Por eso, es una alegría especial para mí —confiesa en su escrito— ver cuántas mujeres jóvenes son protagonistas de la Economía de Francisco».

Por otra parte, no se debe perder de vista los principios de la DSI: bien común, subsidiariedad y solidaridad, teniendo como centro a la persona humana frente a la visión capitalista de cosificación, de ver a la persona como objeto y no como sujeto, tal y como se ha desarrollado en la DSI. Una de las constantes en la DSI ha sido señalar el carácter humano de la economía, una economía humanizada al servicio de las personas.

Frente a esto, el capitalismo feroz es rechazado por la DSI, ya que priman los intereses económicos frente a la satisfacción de las necesidades básicas. Se señala que un sistema económico que ponga en el centro al sujeto económico y no a la persona humana es injusto desde su misma raíz. No hay que olvidar que el descarte se muestra como condición de posibilidad del capitalismo.

Otro punto que me gustaría señalar de lo aportado por Imanol y relacionado con este punto del descarte es la escalera del capitalismo, más drástica

aún que la pirámide del capitalismo. La inequidad es cada vez mayor y, por experiencia en el ámbito de las finanzas, en momentos de mayor crisis económica, esta aumenta más porque los que más patrimonio tienen han ganado más en los mercados financieros.

En este ámbito, el Papa Francisco nos anima a acciones concretas como la desinversión en combustibles fósiles que ya señaló en la *Laudato si'* y vuelve a repetir en la reciente *Laudate deum*. Y a realizar inversiones coherentes y con impacto social positivo.

- 1 BREGMAN, Rutger (2017). *Utopía para realistas*. Barcelona: Salamandra, pp. 174-179.
- 2 SMITH, Adam (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza (3.^a ed.), pp. 45-46.
- 3 «Eso es lo que caracteriza fundamentalmente a la mujer: ella es lo Otro en el corazón de una totalidad cuyos dos términos son necesarios el uno para el otro». DE BEAUVOIR, Simone (1969). *El segundo sexo*, Buenos Aires: Siglo Veinte, p. 22.
- 4 MARÇAL, Katrine (2016). *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?* Barcelona: Debate.
- 5 COHEN, Daniel (2013). *Homo economicus, el profeta (extraviado) de los nuevos tiempos*. Barcelona: Ariel, p. 13.
- 6 MACFARLANE, Alan (1993). *La cultura del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 129.
- 7 SANDEL, Michael J. (2013). *Lo que el dinero no puede comprar*. Barcelona: Debate, p. 116.
- 8 LAWLOR, Eilís; KERSLEY, Helen; STEED, Susan (2009). *A Bit Rich: Calculating the Real Value to Society of Different Professions*.
- 9 AENA, «Te imaginas un día sin aeropuertos?».
- 10 *Un día sin aeropuertos*.
- 11 FRASER, Nancy (2023). *Capitalismo Canibal*. Madrid: Siglo XXI, pp. 18-19.
- 12 SACHS, Jeffrey (2005). *El fin de la pobreza*. Barcelona: Debate, p. 27.
- 13 BERGER, Peter L. (1979). *Pirámides de sacrificio*. Santander: Sal Terrae.
- 14 BRAND, Ulrich; WISSEN, Markus (2021). *The Imperial Mode of Living*. Londres/Nueva York: Verso.
- 15 MELUCCI, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia*. Madrid: Trotta, p. 54.
- 16 HICKEL, Jason (2023). *Menos es más*. Madrid: Capitán Swing, pp. 175-176.
- 17 LESSENICH, Stephan (2019). *La sociedad de la externalización*. Barcelona: Herder, p. 67.
- 18 BENERÍA, Lourdes; SARASÚA, Blanca (2011). «Crímenes económicos contra la humanidad», *El País*, 29 marzo. Ampliado en 2021 con el título «Delitos y crímenes económicos contra la humanidad». *Revista de Economía Crítica*, 2 (12), pp. 156-159.
- 19 STUCKLER, David; BASU, Sanjay (2013). *Por qué la austeridad mata*. Madrid: Taurus, pp. 228-229.
- 20 KENTIKELNIS, Alexander; KARANIKOLOS, Marina; REEVES, Aaron; MCKEE, Martin; STUCKLER, David (2014). «Greece's Health Crisis: From Austerity to Denialism». *Lancet*, Febrero 22, 383 (9918), pp. 748-753.
- 21 CASE, Anne; DEATON, Agnus (2020). *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*. Barcelona: Planeta, pp. 65 y 143-144.
- 22 CASE, Anne (2022). «People Feel That Their Ability to Contribute to Society Has Been Terribly Thwarted». *Issues in Science and Technology*, XXXIX/1, p. 26.
- 23 VICENTE, Alejandro; JIMENO, Alejandro (2022). *Muertes por desesperación en Europa: el impacto de la Gran Recesión*. Universidad de Alcalá: Instituto Universitario de Análisis Económico y Social, Documento de Trabajo 07.
- 24 PERELMAN, Michael (2012). «La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica». *Theomai: estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, 26, pp. 60-80.
- 25 HARVEY, David (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, pp. 111-140.
- 26 SASSEN, Saskia (2015). *Expulsiones*. Buenos Aires: Katz.
- 27 GORDILLO, José Luis (coord.) (2006). *La protección de los bienes comunes de la Humanidad*. Madrid: Trotta.
- 28 LATOUR, Bruno (2019). *Dónde aterrizar*. Madrid: Taurus, p. 12.
- 29 LATOUR, Bruno (2019). *Op. Cit.*, p. 58.

- 30 LERNER, Gerda (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica, p. 57.
- 31 TODOROV, Tzvetan (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Siglo XXI, p. 142.
- 32 KOSHY, Susan; CACHO, Lisa Marie; BYRD, Jodi A.; JEFFERSON, Brian (eds.) (2022). *Colonial Racial Capitalism*. Durham: Duke University Press.
- 33 MIES, Maria (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficantes de sueños;
- MIES, Maria (1988). *Women: The Last Colony*. Londres: Zed Books.
- 34 MBEMBE, Achille (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- 35 METZ, Johann Baptist (1982). *Más allá de la religión burguesa*. Salamanca: Sígueme, pp. 11-12.
- 36 METZ, Johann Baptist (1982). *Op. Cit.*, p. 12.
- 37 CAIRÓ, Gemma; MAYORDOMO, Maribel (comps.) (2005). *Por una economía sobre la vida*. Barcelona: Icaria. PÉREZ OROZCO, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de Sueños. ASENJO, Astrid (2021). *Economía política feminista. Sostenibilidad de la vida y economía mundial*. Madrid: Los Libros de la Catarata. CIRMI OBÓN, Lucía (2023). *Economía para sostener la vida*. Madrid: Akal.
- 38 RADFORD RUETHER, Rosemary (1993). *Gaya y Dios. Una teología eco feminista para la recuperación de la Tierra*. México: Demac. PRIMAVESI, Anne (1995). *Del Apocalipsis al Génesis*. Barcelona: Herder. RADFORD RUETHER, Rosemary (2004). *Integrating Ecofeminism, Globalization, and World Religions*. Lanham: Rowman & Littlefield. GROSS, Rita M.; RADFORD RUETHER, Rosemary (2016). *Religious Feminism and the Future of the Planet. A Christian-Buddhist Conversation*. Londres: Bloomsbury. DEANE-DRUMMOND, Celia; ARTINIAN-KAISER, Rebecca (eds.) (2018). *Theology and Ecology across the Disciplines. On Care for Our Common Home*. Londres: Bloomsbury. EISLER, Riane (2021). *El cáliz y la espada*. Madrid: Capitán Swing. ARMS-TRONG, Karen (2022). *Naturaleza sagrada*. Barcelona: Crítica.
- 39 Lo acabo de reflexionar en un artículo publicado en *Iglesia Viva*. ZUBERO, Imanol (2023). «Esta economía mata: ¿y qué?». *Iglesia Viva*, 295, pp. 27-46.
- 40 SOLNIT, Rebecca (2017). *Esperanza en la oscuridad*. Madrid: Capitán Swing, p. 22.
- 41 MARCUSE, Herbert (1979). «La angustia de Prometeo». *El Viejo Topo*, 37.
- 42 ZUBERO, Imanol (2023). «Desigualdad(es) y diversidad(es): elementos para la reflexión». SHERSHNEVA, Julia (ed.). *Dimensiones desde la desigualdad*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 9-29.
- 43 EDDO-LODGE, Reni (2021). *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*. Barcelona: Península, p. 19.
- 44 EDDO-LODGE, Reni (2021). *Op. Cit.*, p. 99.
- 45 MCINTOSH, Peggy (1989). «El Privilegio Blanco: Deshaciendo la Maleta Invisible», *Red feminismo*.
- 46 MARCUSE, Herbert (1986). *El final de la utopía*. Barcelona: Planeta-De Agostini, p. 72-73.
- 47 THOMPSON, Edward P. (1988). *William Morris*. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim, p. 728.
- 48 <https://www.marketingdirecto.com/creacion/spots/no-tenemos-suenos-baratitos-el-nuevo-spot-de-la-primitiva>.
- 49 SINGER, Peter (2002). *Una vida ética. Escritos*. Madrid: Taurus, p. 280.
- 50 HELD, David (2005). *Un pacto global*. Madrid: Taurus, p. 15.
- 51 MONBIOT, George (2006). *Calor*. Barcelona: RBA, pp. 20-21.
- 52 RIECHMANN, Jorge (2012). «¿Pueden un socialista o una comunista del siglo XXI no ser vegetarianos?». *Viento sur*, 125, pp. 40-49.
- 53 ZUBERO, Imanol (coord.) (2014). «¿Qué sociedad saldrá de la actual crisis? ¿Qué salida de la crisis impulsará esta sociedad?». VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Madrid: Fundación FOESSA.
- 54 ZUBERO, Imanol (2019). «Economías alternativas». *Documentación Social*, n.º 1.
- 55 KLINENBERG, Eric (2021). *Palacios del pueblo*. Madrid: Capitán Swing, p. 217.
- 56 ZUBERO, Imanol (2018). «Política de ida y vuelta». *Razón y Fe*, 264, pp. 71-77.
- 57 EAGLETON, Terry (2011). *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península, p. 78.
- 58 GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio (1983). *El engaño de un capitalismo aceptable*. Santander: Sal Terrae.
- 59 MARDONES, José M.ª (1991). *Capitalismo y religión*. Santander: Sal Terrae, p. 287.
- 60 SIMONE, Raffaele (2011). *El Monstruo Amable*. Madrid: Taurus, p. 187.
- 61 SIMONE, Raffaele (2011). *Op. Cit.*, pp. 181-182.
- 62 COX, Harvey (1972). *Las fiestas de locos*. Madrid: Taurus, p. 12.
- 63 HICKEL (2023), *Op. Cit.*, p. 250.

- 64 SKIDELSKY, Robert y SKIDELSKY, Edward (2012). *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una «buena vida»*. Barcelona: Crítica.
- 65 RABHI, Pierre (2013). *Hacia la sobriedad feliz*. Madrid: Errata naturae.
- 66 [PIB mundial ajustado a la inflación](#). Datos del Banco Mundial y el Foro Monetario Internacional.
- 67 WIEDMANN, Thomas; LENZEN, Manfred; KEYSER, Lorenz T. y STEINBERGER, Julia K. (2020). «Scientists' Warning on Affluence». *Nature Communications*, 11 (1), 3107.
- 68 LUXEMBURG, Rosa (1913). «The Accumulation of Capital», en *The Reproduction of Capital and Its Social Setting*.
- 69 CRUZ ORTIZ DE LANDÁZURI, Manuel (2017). «Desde la Biopolítica de Foucault a la Psicopolítica de Byung-Chul Han». *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 17, n.º 1, p. 187-203.
- 70 FRASER, Nancy. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- 71 Para una narración de la captura del lenguaje alrededor de la noción de crecimiento, véase RAWORTH, Kate (2017). «Change the Goal», en *Doughnut Economics. Seven Ways to Think Like a 21st-Century Economist*. Vermont: Chelsea Green Publishing, pp. 31-60.
- 72 WRIGHT, Erik Olin (2019). *How to Be an Anti-Capitalist in the 21st Century*. Londres/Nova York: Verso.
- 73 SADIN, Éric (2016). *La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Por qué razón el autor argumenta que el capitalismo más que un sistema económico es también un sistema social?
2. Provocadoramente, Imanol, dice que a una buena parte de los cristianos y cristianas del mundo occidental, el capitalismo ya nos va bien. ¿En qué sentido crees que «nos va bien» y en cuál deteriora nuestra vida y la de nuestras comunidades?
3. De las diferentes propuestas y alternativas que el autor hace en el capítulo 3, ¿cuál crees que es la más urgente e importante a abordar? ¿Por qué?
4. Después de la lectura del cuaderno, ¿crees que es exagerado hablar de «Ne-economía» o de «una economía que mata»?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 230. *Para qué sirve llorar.* J. Laguna
- 231. *Sobre la tecnología.* O. Quintana
- 232. *Los CIE: instrumentos de sufrimiento inútil.* L. Zanón
- 233. *Democracia cultural.* J. Picó
- 234. *Ricos y pobres en el Nuevo Testamento.* J. I. González Faus
- 235. *El Espíritu sopla desde abajo.* V. Codina
- 236. *Cristo y las culturas.* C. Maza
- 237. *Contra la necronomía.* I. Zubero

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

